

de disolucion, al que con este motivo hizo el rey duque de Valentinois. — Carlos VIII no habia pretendido, como heredero de la casa de Anjou, sino la sucesion del trono de Nápoles. Mas Luis XII, por su abuela Valentina Visconti, reivindicó el Milanés y anunció oficialmente su intencion de apropiarse estos dos magníficos dominios, el de Milan como heredero personal, y el de Nápoles como derecho adquirido, por devolucion, á la corona. Las circunstancias le eran favorables. Ludovico Sforza, el Moro, habia irritado á los Milaneses con su tiranía. Fadrique III, rey de Nápoles, que acababa de suceder á Fernando II, estaba en guerra con la Santa Sede. Todos los principes italianos, con el papa al frente, entraron en los proyectos de Luis XII, que atravesó los Alpes al frente de un brillante ejército, mandado por el mariscal Trivulce y el general de Aubigny. La invasion fué rápida; y los reveses la siguieron de muy cerca. La victoria de Cerizoles fué el paralelo de la de Fornova; pero, como esta, no dió otro resultado que añadir una página de gloria á la historia de Francia, sin un solo palmo de terreno. Durante ese movimiento de soldados, y el bullicio de la guerra, Alejandro VI terminó su pontificado. « Murió, dice un historiador de su vida, de una recia terciana. » Viendo que se acercaba su fin, recibió los últimos sacramentos » con piedad edificante, y exhaló su último suspiro rodeado de » los cardenales. » Así caen de su peso las calumnias con que hasta en su género de muerte han querido envilecer la memoria de Alejandro VI. Murió en 1503. Habia consagrado los últimos dias de su vida á la prosecucion de un hermoso y grande pensamiento. Habia hecho serios esfuerzos para hacer que los príncipes se decidiesen á una gran cruzada contra los Turcos, mas solo consiguió dar un buen socorro á los Venecianos, que entonces sostenian solos todo el peso de la guerra. — Cualquier juicio que se haya pretendido formar de Ale-

terizadas para forzar á Luis XII á enlazarse con su hija. Hasta le habia hecho tener preso tres meses. El defecto de consentimiento libre constituía un impedimento dirimente: y Alejandro VI pudo y debió anular este enlace; siendo calumnioso cuanto se ha dicho contra este papa con este motivo.

jandro VI como persona privada, todos se ven forzados á convenir en que en todo su gobierno se mostró hábil político, y que prestó inmensos servicios á la Iglesia en coyunturas muy ásperas y difíciles, así como á toda Italia. « Y en efecto, » dice un autor nada sospechoso de parcialidad, desde el pontificado de Alejandro VI los papas han comenzado á figurar » como potencia seglar, y la Italia ha ido restableciendo su » unidad sobre las ruinas de una turba de pequeños soberanos » que se habian partido su territorio. »

§ V. PONTIFICADO DE PIO III (23 de setiembre-18 de octubre de 1503).

24. A la muerte de Alejandro VI, el conclave eligió papa al cardenal de Sena, Francisco Piccolomini, que tomó el nombre de Pio III, y era sobrino de Eneas Silvio. Se pensaba que resucitaria la gloria de su tío; pero Dios se lo llevó despues de algunas semanas de pontificado: la tiara que apenas se ciñó en sus sienes, no habia de servir sino para adornar su catafalco.

§ VI. PONTIFICADO DE JULIO II (31 de octubre de 1503-21 de febrero de 1513).

25. « Julio II, elegido á la unanimidad en 31 de octubre » de 1503, para suceder á Pio III, debia ser el Moisés de la Italia. No conocemos en la historia un hombre presdestinado á llevar la corona, que reuna, como Julio II, todas las cualidades que forman los grandes reyes. Impenetrable á la vista ni al oido, y sin embargo nada disimulado; atrevido en la concepcion y ejecucion de un proyecto, sin ser jamás imprudente: determinacion pronta pero siempre calculada: paciente en el infortunio, valeroso en los peligros, misericordioso en la victoria (1). » Casi toda la Italia se hallaba en poder del extranjero. Al notificarle su eleccion, exclamó Julio II: « Señor, libradnos de los Bárbaros. » Entendia con esto á los príncipes extraños y á los señeruelos que tiranizaban los

(1) Audin, *Historia de Leon X*, tomo I, pág. 257.

pueblos y ciudades. Esta palabra del papa indicaba harto la política que habia de seguir: la restauracion de la unidad italiana. Esta obra patriótica, á la que consagró su pontificado, le lanzó necesariamente en empresas militares que se le han echado en cara. Pero no han querido pensar sus detractores que era depositario de una corona temporal al propio tiempo que de un poder espiritual. A los ojos de un historiador imparcial, la gloria de Julio II es haber conservado uno y otro en su integridad en medio de interminables borrascas.

26. Los Venecianos, al favor de las últimas conmociones, se habian apoderado de las provincias de la Romania. La famosa liga de Cambray fué concertada y firmada entre el papa y el emperador Maximiliano, que habia sucedido á su padre Federico III, en 1493, y los reyes de España y Francia, en 1508. Batidos por los Franceses, los Venecianos ablandaron á Julio II á fuerza de sumisiones, y quedó rota la liga. Pero Luis XII no habia contraído esta alianza sino por mantenerse en Italia. Se negó á cesar las hostilidades, y para vengarse del papa sostuvo en su rebelion al duque de Ferrara, vasallo rebelde de la Santa Sede. Julio II, herido en sus derechos de soberano, excomulgó á Luis XII y formó liga contra él. Esto fué señal de un nuevo cisma. El rey de Francia, descontento, trató cómo sustraerse á la autoridad del papa. Juntó á sus obispos en Orleans, luego en Tours, y sometió á su examen algunas cuestiones, cuyas respuestas, basadas en los concilios de Constanza y Basilea, indujeron á los prelados á concluir: Que fuese amonestado el papa Julio II á reunir un concilio general, y que si se rehusaba, se proveería. Esto fué en 1510. En el año siguiente, el rey de Francia prohibió á su clero toda relacion con la curia romana, y se concertó con el emperador Maximiliano para la celebracion de un pretendido concilio general. Tres cardenales, Brissonnet, Carvajal y Borgia, le convocaron para Pisa, donde en efecto se hizo la apertura del conciliábulo en 1511, compuesto de cuatro ó cinco cardenales, de algunos obispos y arzobispos y de gran número de doctores y jurisconsultos franceses. El clero aleman no

quiso ser representado en él. En ninguna parte, ni aun en Francia mismo, se hizo gran caso de esta parodia ó simulacro sacrilego. Despues de las tres primeras sesiones, los obispos cismáticos, no creyéndose seguros en medio de los Pisanos, se refugiaron á Milan, donde no fueron mejor acogidos. Celebraron allí cinco sesiones, luego se retiraron á Asti, y de allí á Lyon, donde el *concilio ecuménico* de Luis XII expiró con universal menosprecio. Todos sus actos se redujeron á anatemas y sentencias de deposicion repetidas mil veces, contra el soberano pontífice legítimo.

27. Entretanto Julio II habia convocado para Roma un verdadero concilio ecuménico, que fué el décimoséptimo general, y cuarto de Letran. Se abrió el 3 de mayo de 1512. Hubo en él mas de cien obispos, arzobispos y patriarcas, con gran número de doctores, superiores de órdenes y abades. El emperador Maximiliano, Enrique VIII de Inglaterra, el rey de Aragon (1), la república de Veneciá estaban representados por embajadores. El general de los Agustinos, encargado de pronunciar el discurso de apertura, describió patéticamente los males de la Iglesia. « ¿Pueden verse sin espanto y sin derramar torrentes de lágrimas los desórdenes continuos y la » corrupcion de este siglo pervertido, el monstruoso desen- » freno de costumbres, la ignorancia, ambicion, libertinaje é » impiedad hasta en el santuario mismo, de donde al menos » habian de desterrarse los vicios? ¿Quién de nosotros puede » mirar con ojos enjutos los campos de Italia, tintos de sangre » humana? La inocencia oprimida, las ciudades nadando en » sangre de sus habitantes degollados fieramente; las plazas » sembradas de cadáveres. Toda la república cristiana recurre » á vosotros é implora vuestra proteccion: solo un concilio » puede remediar el diluvio de males que la inunda y anega. » En vista de tan vasto campo, principiaron inmediatamente sus trabajos los Padres del concilio. En las cinco primeras

(1) Debe decir de España, porque ya hacia muchos años que los Reyes Católicos se llamaban solamente *reyes de España*. (El Traductor.)

sesiones se condenaron todos los cardenales rebeldes y el conciliábulo de Pisa. Fué anatematizada la *pragmática sancion*, esa arma con que los reyes de Francia atacaban la autoridad pontifical. Se declaró nula toda eleccion de antipapa; y este decreto, publicado en la quinta sesion, fué el último de Julio II, que murió en 21 de febrero de 1513. En este momento estaba ya triunfante la política del papa. Los Franceses habian sido arrojados de Italia, y desterrados todos los tiranuelos que por tan largo tiempo oprimian á sus pueblos. Quedaba pues preparado el camino para el gran siglo de Leon X.

28. La solicitud de Julio II no se habia circunscrito á la guerra y á la política: las artes y las letras hallaron en él un celoso é ilustrado protector. Concibió el gigantesco proyecto de reedificar la basilica de San Pedro, que amenazaba ruina. Se dirigió al célebre Bramante, á quien encargó la formacion del plan de esta obra colosal. Concedió indulgencias á cuantos contribuyeran á la fábrica. El 18 de abril de 1506, habia colocado solemnemente Julio II la primera piedra, en presencia de los cardenales y de inmensa muchedumbre. — En medio de las sangrientas luchas de los principados y señoríos italianos, las letras y las artes principiaron desde este momento ese movimiento y vuelo de su restauracion que tan magnífico desarrollo tomó bajo Leon X. Ya era pasada la edad media; y sus inspiraciones fueron reemplazadas por el estudio é imitacion de la antigüedad pagana. La perfeccion de la forma ocupaba exclusivamente á los poetas, escultores y pintores: poco á poco iban rompiendo con las cristianas tradiciones de la edad media, y no se inspiraban sino de las obras maestras de la antigüedad. La destruccion de la basilica de San Pedro fué expresion de esta tendencia. Miguel Ángel y Bramante, dos príncipes del arte en esta época, dejaron sus disensiones personales para contribuir juntos á secundar y aun á animar á Julio II para llevar á cabo su inmortal proyecto. Poner manos en la antigua metrópoli de la cristiandad hubiera sido, á los ojos de la edad media, una temeridad sacrilega. Pero el impulso estaba ya dado: las letras paganas, resucitadas por la

caida de Constantinopla, habian preparado la restauracion del arte pagano. Julio II siguió el espíritu de su siglo. Venció la antigüedad; y el culto de la forma iba á inspirar las obras maestras de los siglos XVI y XVII. El desarrollo completo de estas tendencias pertenece á la historia de la época siguiente.